

# En negro, el trabajo de la fuga

Por Melisa Ortner.

La velocidad: Sobre los tiempos empleados.

Comencemos por musicalizar esta mañana:

*“Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan -no lo saben, lo terrible es que no lo saben-, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca(...)”*

Fragmento de “Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj”, de Julio Cortázar.

## ESCLAVA CARDÍACA DEL RELOJ

Todo sería más sencillo si me sacara el reloj, si no tuviera que estar a las ocho y llegar a mi casa a las siete y media.

Pero es lo que hay.

Sencillemente y necesario.

El maldito reloj que me regalaron para mi cumpleaños está

pegado como cinta en muñeca. Quiero sacarlo y no puedo. Podría no mirarlo, pero me es inevitable.

El tic tac suena en el silencio de mi cama, es la canción de cuna de mi cuerpo adulto.

No tiene alarma, por eso son dos los relojes malditos que uso diariamente. La cinta incorporada a mi cuerpo y el celular, extensión de mí, sobre la mesa de luz.

A veces no quiero ser ésta que soy, me resisto a la vida en movimiento fugaz.

Este aparato maneja mi cuerpo a su gusto religiosamente, mide cada movimiento y acción. Esta es la realidad: el reloj es mi piel.



*“Me levanté y fui hacia el jodido cuarto de baño. Odiaba mirarme en aquel espejo pero lo hice. Ví depresión y derrota. Unas bolsas oscuras debajo de mis ojos. Ojitos cobardes, los ojos de un roedor atrapado por un jodido gato. Tenía la carne floja, parecía como si le disgustara ser parte de mí.”*

Charles Bukowski.

#### CONTAMINACION VISUAL Y AUDITIVA

El despertador, entonces. Y yo me visto con la ropa preparada la noche anterior –para no perder ni un segundo menos del

tiempo en la cama- . Me resisto a salir, aunque salgo.  
Al llegar a la oficina, todo será igual: ahí estará mi silla,  
mi escritorio y mi computadora. Siempre la agenda en primer  
plano y el teléfono que no parará.  
Ruidos. Minutos acelerados. Obligaciones, las de siempre y las  
nuevas:  
Llamar a los proveedores/ pagar la cuenta de sistemas/  
acomodar el archivo/ hacer la planilla de cálculo/ arqueo de  
caja/ balance del mes/ chequear movimientos bancarios.  
Mi agenda excede todos los huecos. Está escrita por todos  
lados y más allá también.

*“Un hombre trabajado por el tiempo/un hombre que ni siquiera  
espera la muerte / (las pruebas de la muerte son estadísticas  
/y nadie hay que no corra el albur / de ser el primer  
inmortal) /un hombre que ha aprendido a agradecer /las  
modestas limosnas de los días: /el sueño, la rutina, el sabor  
del agua (...)”*

Fragmento de “Alguien”, de Jorge Luis Borges.



LA SANTÍSIMA TRINIDAD

El tiempo llueve también en mails. No te olvides de la nota  
para el número dos de *El Anartista*, dice uno de los tantos.

Tengo que escribir algo acerca de la velocidad y, paradójicamente, una pausa absoluta se apodera de mí. Una eternidad para decidirme, un sinfín de cuestionamientos antes de hacerla. Soy lenta como el pensamiento. Hay una velocidad desquiciante en el merodeo que impide hacer; otra velocidad, en el merodeo antes de hacer. Y una más, la mejor, en las vueltas para convocar el hacer. La primera es una dilación del cuerpo, una inquietud llena de inutilidades vestidas de deber. La segunda es una calma tensa, una preparatoria para el despegue. La tercera...la tercera es el imán, un mantra de rituales y pequeños deslizamientos, un precalentamiento alrededor de la cancha: una promesa.



#### HACER EL TIEMPO

Hoy no voy a ser eficiente. Hoy voy a encontrar una grieta entre dos deberes. Ahí se cuelga la primera frase. Esta vez llega con forma de pantalla. Armar historia en breve tiempo. La velocidad del corto es breve

pero no rápida. Hay una intensidad concentrada, propia del poema, pero el discurrir es el de la narración. Me decido a ver entonces un cortometraje que llama mi atención: "El empleo" (2011), de Santiago Grasso.

Pienso, emplear es disponer, usar. Sí, ¿pero quién de quién?, ¿qué de quién? Si, como decía Marx, el fetichismo de la mercancía consiste en volver sujeto al objeto, qué decir de mi reloj y de mi escritorio. "Casio" estoy por sacarles DNI y dar de baja el mío. "El empleo" dije que se llama el corto. Pienso en el empleo del tiempo. El tiempo como empleado nuestro o nosotros como empujados de él. Pero anuncié que avanzaría en la grieta. Así que lo contrato yo en esta oportunidad. Que me disculpen las luchas sociales, esta vez será "en negro", sin vacaciones ni aguinaldo. Y a brillar, mi amor.

Ahora pulse aquí. No le tema a las órdenes:

## “EL EMPLEO” O EL SER DE LA ALFOMBRA

Pausa. Acá estoy yo. Nadie es dueña de estas manos más que yo misma. En absoluta soledad, ¿dónde sino para encontrarme en la eterna pausa?, en el calambre de la aguja, aquí yo. De carne, huesos, alma y corazón. Quiero fugarme. Voy a escribir sobre lo propuesto. No quiero ser como esos personajes del film: no sonríen, son objetos de un sistema que funciona, ¿a la perfección?, son para otro y no para sí mismos, no hablan ni con su inconsciente. Tienen que cumplir y no salirse de sus roles. Si algo de esa cadena falla, todo lo demás fallará. Sus cuerpos son así como los veo, simplemente millones de píxeles hechos dibujos animados, casi la nada misma, cenizas en movimiento. Forman el resto, valen todo y a la vez no valen nada. Porque sus cuerpos resultan tan necesarios como inútiles. No importa la razón, sólo el cumplir. Completamente sustituibles, por supuesto también se convierten en carne propensa a ser controlada y medida. La vida misma es la vida hacia y en el empleo. La rutina del camino desde la casa al trabajo construye la realidad. El mientras tanto eterno de ser sometido y encerrado. Es que el cuerpo del empleo no sirve más que para servir. Cada cual cumple su función: ser sujetador de espejo, ser semáforo, ser transporte, ser ascensor. Uno de los protagonistas tiene, tal vez, el empleo menos digno en esa sociedad triste y despojada: ser alfombra. Su trabajo consiste en dejarse pisotear. ¿Acaso podrá salirse de su rol? Qué estupidez hablar en términos de ser. Si ser objeto es ser, que el reloj y el empleo, entonces, me lo demanden.





*¡Letras, máscara de mi herida! / Aliéntame esta tarde  
/ que si no escribo soy piedra / y vuelvo a ser tan sólo  
un expediente (...)*”

Fragmento de poema de Camilo Blajaquis.

## SER LIBRO

Lero lero. En este tiempo que debería ser empleado en todo el temita de la agenda, sigo acá rebelada. Por un rato nomás, nadie me detendrá. Quiero subirme a caballito de las palabras, que la ventana asomada en mi escritorio me muestre todavía el sol. Quiero el Casio envuelto en el cajón. Si alguien me pregunta por qué me saqué el reloj, le diré “por placer”, porque quiero correr a toda intensidad en el tiempo que es mi tiempo. Y como todo lo que es mío debe ser respetado, nadie me

detendrá en esta vida mía. Paradojas de la “reina propiedad privada”. Todo es considerado un bien, menos el tiempo, que casi se vuelve un mal.

Otra vez el video: ¿Qué objeto sería yo en esa historia? Claro, por si me dieran a elegir. Siempre me gustaron las utopías. La respuesta es obvia: un libro. Me introduzco en la pantalla y juego a ser protagonista.

Quiero hacer ruido en ese corto extenso e intenso a la vez. Hacer sonar los timbres.

Aún quedan teclas por sonar.



## LA REBELIÓN DE LOS OBJETOS

De nuevo yo. Y ahora me zambullo adentro del corto, profundo, en la sociedad de los muñequitos animados. Acá somos más que pixeles; gozamos pasión. Yo tengo de alas, hojas escritas; corteza con solapas de hierro. Soy la intensidad misma en un cuerpo. Resulta que, en este corto, una mujer despierta cuando se le da la gana. Hay un reloj despertador que no despierta, sólo musicaliza melodías encantadas y hace bailar. Las sillas son de plastilina y se amoldan a los cuerpos, por si quieren estirarse, dormir o leer. Las mesas son libros gigantes, están escritas por todos los rincones y la gente no las usa para apoyar cosas, sino para distraerse y en cualquier momento. Todos pueden ser plenos, hasta los semáforos, los autos, los ascensores. Algo interesante de los ascensores es que no suben

ni bajan: alojan – como guaridas- a los lectores y al silencio. La población se transporta en bicicletas de papel. Los charcos, de azul astral. ¿Y adivinen qué? Las alfombras voladoras andan entre partículas de aire, con y contra el viento y se elevan con una orden de la imaginación. No existe el tiempo, así como lo conocemos, todo ordenadito en fila. Se come cuando se siente hambre, se duerme cuando se tiene sueño, se sonríe por ley (única ley), se conversa por sobre todas las cuestiones, se escribe cada cosa pensada y se festeja cuando la escritura enriquece los planes previos al pensamiento. La velocidad es de los cuerpos. Los objetos cobran vida y corren a *piacere*. Siluetas y objetos son sustituibles pues todos tienen la función de potenciar a los demás, de prisa pero con calma. Tiempo al tiempo. Como debe ser.



## VOLVER AL RUEDO

Suena el teléfono y, exaltada, regreso a la vida del escritorio. No llego a atender pues tardo en desperezarme. Miro por la ventana, la gente corre. El *Casio* volvió a la muñeca, sin darme cuenta. No entiendo cómo, si estaba



guardadito en el cajón.

En mi mente, todo el sueño repentino y las ganas de contarlo. Las pausas son necesarias, pienso y sonrío.

Para esta nota de *El Anartista* voy a escribir sobre un corto, lo llamaré "El otro empleo". ¿Por qué? Sólo porque me da la gana de parafrasear a ese otro que tanto me gustó. Porque, parafrasear, es apostar otra vez a correr el tiempo y a no ser corrido por él.



De nuevo el reloj, el escritorio, la pantalla. No estoy triste. Desde la calma lenta de mi hueco entre deberes, han llegado a la pantalla aires de traslados, chances. Y, del empleo del tiempo, nació un atisbo de resistencia. Qué lío para el sindicato. Ya nos veremos en las paritarias. Mientras, resisto en la palabra. Soy la empleada y la empleadora de la frase. La delegada de la sintaxis torcida. La militante del verso a contramano.

## POST DATA



Mañana será otro día y mi reloj volverá a recordarme el deber. Pero, entre lo veloz, sé que la pausa traerá voces de aliento. Ahí viene una, es la de un tal Beckett. Dice: las palabras son lo único que tenemos.

